

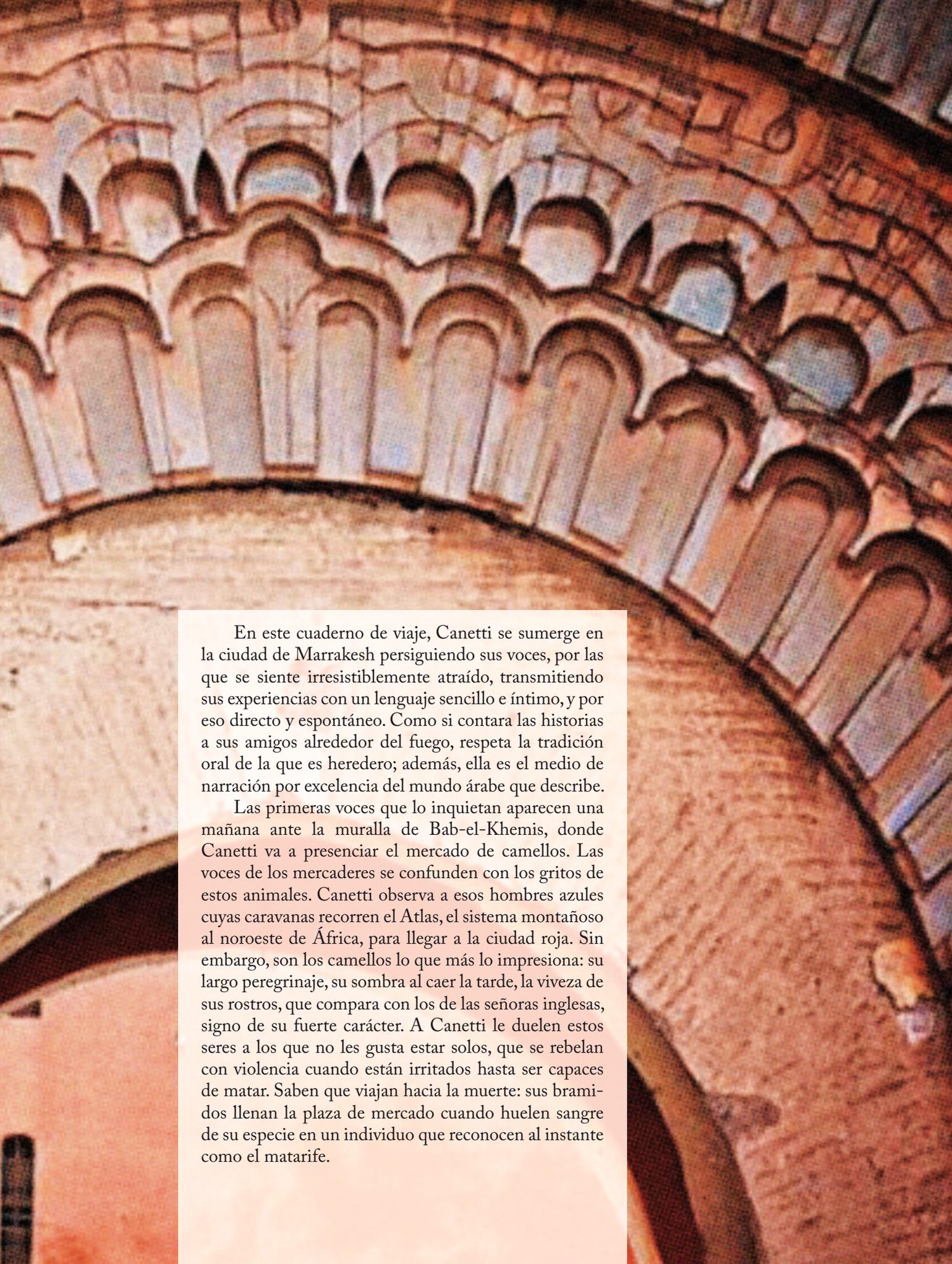
Las voces de Marrakesh

¿Dónde está el hombre que se asombra en la lejanía?
Elias Canetti, *La provincia del hombre. Apuntes,*
1943-1972

JULIA
ESCOBAR
VILLEGAS

Canetti nació a las orillas del Danubio, en una pequeña ciudad al norte de Bulgaria. Vivía en Londres en 1954 cuando unos amigos lo invitaron a acompañarlos a Marruecos, donde tenían un proyecto cinematográfico. Sobre la intensa experiencia de este viaje escribió *Las voces de Marrakesh*, catorce relatos publicados en 1968, con dedicatoria a su esposa Veza Canetti, escritora austríaca fallecida cinco años antes.

La obra de este autor, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1981, se interroga especialmente por el lenguaje. Varios idiomas atravesaron su vida: búlgaro, judeoespañol, alemán, inglés, francés. Entre ellos, el alemán fue su lengua literaria porque, como se afirma en *La provincia del hombre*, “el azar le había elegido ésta. Le resultaba dócil, podía servirse de ella, aún era rica y oscura” (Canetti, 2006: 96). La tomó prestada con la responsabilidad que él insistía que un escritor debe tener, devolviéndola “con amor y gratitud, con intereses e intereses acumulados” (96). Desde niño, todas esas ricas, distintas y numerosas voces lo maravillaron y lo incitaron a pensar en el enigma de la comunicación humana.



En este cuaderno de viaje, Canetti se sumerge en la ciudad de Marrakesh persiguiendo sus voces, por las que se siente irresistiblemente atraído, transmitiendo sus experiencias con un lenguaje sencillo e íntimo, y por eso directo y espontáneo. Como si contara las historias a sus amigos alrededor del fuego, respeta la tradición oral de la que es heredero; además, ella es el medio de narración por excelencia del mundo árabe que describe.

Las primeras voces que lo inquietan aparecen una mañana ante la muralla de Bab-el-Khemis, donde Canetti va a presenciar el mercado de camellos. Las voces de los mercaderes se confunden con los gritos de estos animales. Canetti observa a esos hombres azules cuyas caravanas recorren el Atlas, el sistema montañoso al noroeste de África, para llegar a la ciudad roja. Sin embargo, son los camellos lo que más lo impresiona: su largo peregrinaje, su sombra al caer la tarde, la viveza de sus rostros, que compara con los de las señoras inglesas, signo de su fuerte carácter. A Canetti le duelen estos seres a los que no les gusta estar solos, que se rebelan con violencia cuando están irritados hasta ser capaces de matar. Saben que viajan hacia la muerte: sus bramidos llenan la plaza de mercado cuando huelen sangre de su especie en un individuo que reconocen al instante como el matarife.

Al contrario de lo que podría pensarse, Canetti resuelve no aprender nada del árabe ni de las lenguas beréberes. ¿Qué hubiera podido, en todo caso, absorber en unos pocos días? Un conocimiento, sin duda, deficiente y superficial. Mucho más enriquecedor le pareció dejarse impactar por los innumerables sonidos extraños y enigmáticos que lo rodeaban, para no “perder ni un ápice de la fuerza de esas extrañas voces” (1996: 31).

Hay en esa actitud una manera singular de acercarse a lo desconocido, se trate de lugares o de personas, que lo caracteriza como un auténtico viajero. En efecto, escribe Canetti en uno de sus libros célebres, *Masa y poder*:

Nada teme el hombre más que ser tocado por lo desconocido. Deseamos ver qué intenta apresarnos; queremos identificarlo o, al menos, poder clasificarlo. En todas partes, el hombre elude el contacto con lo extraño. De noche o en la oscuridad, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: tan fácil es desgarrarla, tan fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido. Todas las distancias que los hombres han ido creando a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. (2002: 3)

Un ejemplo contundente de su inmersión audaz en el misterio es la escena pavorosa cuando se adentra en el mercado de los ciegos y se mezcla entre cientos de ellos. La mayoría solo mendigan y lanzan sus clamores a Alá. La obstinación en sus rezos, como si no les importara chocar una y otra vez contra un muro; el sentimiento poderoso de masa que proyectan, borrando cualquier característica de individualidad, fueron para Canetti una revelación de lo que hay detrás de su eterna letanía, o bien, “la seducción que se esconde en una vida que todo lo reduce a la forma más simple de repetición” (1996: 34).

Es clave también el relato de cuando Canetti observa a un morabito, una especie

de santo ermitaño, que mete monedas en su boca, las masca sin ningún afán, produciendo abundante saliva. La descripción de este acto, a primera vista grotesco, se convierte en un proceso maravilloso de comprensión de lo sagrado que hay en él: la saliva de un santo es también santa; al entrar en contacto con una limosna, bendice a quien la ha ofrecido.

Aunque todas las voces de Marrakesh son perturbadoras, hay algunas más bellas que otras. Inolvidable es la voz queda, tierna y delicada de una joven que comienza a llamar a Canetti desde una reja. Él se siente profundamente conmovido, pero también temeroso de asustarla, pues “qué haría entonces si enmudeciese” (45). Entonces se pone a recorrer las calles vecinas, sin alejarse ni acercarse demasiado. Mientras se deleita con ese murmullo de palabras incomprensibles, pero definitivamente suplicantes y afectuosas, observa una zona residencial de la ciudad, asistiendo a las actividades cotidianas de un barrio: advierte las miradas reprobadoras de las mujeres con velo, entra en contacto con los colegiales que se acercan con su barullo. A través de ellos descubre que la mujer de voz de trinos padece una enfermedad.

Por supuesto hay una lengua con la que Canetti puede conversar con la gente de la ciudad roja: el francés. Marruecos era todavía una colonia. Los niños que enternecen tanto a Canetti hablan, escriben y leen en francés. Es evidente que el estado de ánimo de los marrakechíes se transforma al usar esta lengua: una especie de severidad cubre sus rostros. Los más adultos recuerdan las guerras. Los jóvenes adoptan una actitud solemne. ¿Cuánto cambia un individuo al mudar de lengua! “¿Qué hay en el lenguaje? ¿Qué esconde? ¿Qué le sustrae a uno?” (31), reflexiona el escritor búlgaro, escribiendo en alemán, interactuando en francés, sintiendo en árabe.

Un día visita el Melah, el barrio judío que lo conmociona porque le recuerda sus orígenes: “Me sucedía algo así como si hubiese llegado realmente a otra parte en la meta de mi viaje. No quería marcharme

Aunque todas las voces de Marrakesh son perturbadoras, hay algunas más bellas que otras. Inolvidable es la voz [...] de una joven que comienza a llamar a Canetti desde una reja. Él se siente profundamente conmovido, pero también temeroso de asustarla, pues “qué haría entonces si enmudeciese”.

jamás de aquí, desde hacía cientos de años yo había estado aquí, pero lo había olvidado y ahora todo renacía. Veía expresada toda la densidad y calor de la vida que sentía en mí mismo” (56-57). Conoce a la familia Dahan, uno de cuyos integrantes le insiste hasta el cansancio a Canetti para que lo ayude a conseguir una carta de recomendación laboral de parte de sus amigos ingleses. El momento más emotivo e importante de los días en que este judío lo persigue de forma obsesiva es cuando le presenta a su padre: “Je vous presente mon père” (87). La pronunciación sublime de esa última palabra conmueve al escritor viajero, pues “jamás habría pensado que un hombre así de tonto pudiese llegar a tal elevación” (88). A su vez, cuando el señor repite lentamente el nombre completo de Canetti al estrechar su mano, “el nombre se hizo más importante y bello, [...] como si perteneciese a una lengua extraña” (88).

La Plaza de Yamaa el Fna cumple en *Las voces de Marrakesh* una función legendaria. Se vuelve el espacio mágico al aire libre donde confluyen pintorescos mercados, restaurantes, aglomeraciones de mendigos pronunciando sus salmodias y muchas otras maravillas de la cultura local, como cuenteros y escribanos. Canetti no deja escapar la oportunidad única de conocer la narración oral de ese pueblo. Una relación preciosa se entabla entre el cuentero y el extranjero. El primero se da cuenta de que hay un forastero en su público, pero lo olvida de inmediato, lo priva de su mirada porque no puede entenderlo, porque “no pertenece al reino de sus palabras” (92). Canetti, a su vez, “no entendía nada y sin embargo permanecía igualmente fascinado por el eco de

su voz” (92), pero poco a poco, a fuerza de escucharlo, de dejarse encantar por sus relatos, logra interpretar sus vocablos gracias a sus gestos y a la entonación de sus voces. Por consiguiente, el lenguaje va más allá de las palabras y la literatura no se restringe a la tradición del papel.

Por otro lado, *Las voces de Marrakesh* le dicen mucho a Canetti sobre la condición no solo humana, sino también animal. Constantemente se interroga y se asombra sobre la disposición en la desgracia que adoptan los mendigos, los mercaderes y las mujeres, así como los camellos y los asnos. A primera vista, todos ellos parecen grotescos, pobres o desvalidos. Sin embargo, la mirada de Canetti profundiza resueltamente en su espíritu, lo cual suscita casi siempre una epifanía, como la que experimentó con la saliva del morabito. También acontece en el caso del borrico, sobre el cual Canetti anota: “aspecto tan lamentable en una criatura jamás lo había tenido delante” (104), pues lo usaban en un aterrador ritual de música, parloteos, carcajadas y bastones. En otra ocasión se reencuentra con el animal y, a pesar de su aspecto todavía más mísero, surge entre sus patas un miembro de exagerado tamaño. Entonces Canetti, desconcertado, refiere: “sin carnes, sin fuerza, sin pellejo adecuado, aún poseía tanta voluptuosidad en su interior para que su mera estampa me liberase el efecto de su miseria. Pienso con frecuencia en él. Y me repito a mí mismo, cuánto quedaba aún de él cuando yo ya nada veía” (106). De modo que, en su intento por comprender la condición de los seres marrakechíes, se da cuenta de cuánta esperanza subsiste frente a la desesperación de sus vidas.

Canetti demuestra en estos entrañables relatos que es un viajero excepcional. El ser humano ha sido un viajero desde el principio de los tiempos. Los motivos que impulsan su viaje pueden ser biológicos cuando explora otras tierras para subsistir o existenciales al buscar nuevos horizontes que sacien una necesidad interior. Sin embargo, lo que diferencia a un auténtico viajero de un simple turista es su actitud hacia lo desconocido, que define la forma en que el viaje opera en el espíritu. Según Bernardo Soares, semiheterónimo del escritor portugués Fernando Pessoa, para “viajar basta con existir” (Pessoa, 2002: 458) y “quien cruzó todos los mares sólo cruzó la monotonía de sí mismo” (153), indicando que, sin importar si uno se transporta o no a otro lugar, los viajes se realizan interior, no exteriormente.

Canetti visita un país lejano en distancia y cultura, enfrentándose con gran valentía a todo lo que tiene de desconocido. A través de lo que lo desasosiega y atemoriza, se cuestiona sobre el mundo y sobre los seres. De hecho, escribe en *La provincia del hombre* que “lo incierto debería ser el verdadero reino del pensar” (Canetti, 2006: 153), el mar abierto en vez de la tierra firme. Otra de sus características como viajero es el asombro, esa actitud que en primera instancia subyacía al descubrimiento del mundo. El asombro se vincula con un término que es muy importante en la obra de Canetti: la bondad, la cual debe mediar el conocimiento y las relaciones con los demás. Bondad, según Canetti en *La provincia del hombre*,

quiere decir apertura y espontaneidad, se refiere a una infatigable curiosidad por la gente a la cual comprende e involucra. Se refiere a un sentimiento de gratitud hacia quienes, si bien no han hecho nada por nosotros, nos salen al encuentro, nos ven y tienen palabras que decirnos. [...] Se refiere a la capacidad de sorprenderse, incluso a una edad muy avanzada. [...] También se refiere al lenguaje: con seguridad no se refiere

al silencio; se refiere a la preocupación por los hombres aquí, no a una intercesión por sus almas. (1996: 361-362)

Mientras Canetti se deleita con los cuenteros de la plaza encantada, piensa para sí mismo: “También yo puedo reunir personas en torno mío a las que relatar algo” (1996: 92). Casi una década después de publicar su cuaderno de viaje, pronunció un discurso en Múnich sobre la profesión de escritor, que aparece en la recopilación de ensayos *La conciencia de las palabras*. Cuenta Canetti cómo a partir del hallazgo de una nota escrita por alguien en tiempos de guerra, se puso a reflexionar sobre el inmenso poder que tienen las palabras en el destino del mundo. Entonces resalta la gran responsabilidad que los escritores tienen, la cual deberían asumir en toda su significación. Para Canetti, el escritor es quien custodia las metamorfosis, las cuales son “un proceso misterioso, casi inexplorado aún en su naturaleza, y que, no obstante, constituye el único acceso real al otro ser humano” (2012: 586). Un escritor, para Elias Canetti, debe sumergirse en su lengua, debe concebir su oficio como una pasión para sí mismo, por fuera del reconocimiento; debe abrir todo su ser a los otros para transformarse en ellos y comprenderlos, pues el escritor es puente de comunicación entre los hombres. ■

.....
Julia Escobar Villegas (Colombia)

Nacida en Medellín en 1988. Se graduó en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Su trabajo de grado se tituló *La escritura como viaje en el Libro del Desasosiego de Fernando Pessoa*. Se desempeña como docente y traductora de lenguas extranjeras.

Bibliografía

- Canetti, E. (1996). *Las voces de Marrakesh*. Valencia: Pre-textos.
- _____. (2002). *Obras Completas I: Masa y Poder*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- _____. (2006). *Obras Completas IV: La provincia del hombre. Apuntes, 1943-1993*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- _____. (2012). *Obras Completas V: La conciencia de las palabras*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Pessoa, F. (2002). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Acantilado.